

“EL TIRO DE GRACIA” o

LA GRAN LECCION DEL TEATRO

No fue precisamente lección para dejar pasar como si de palos de ciego se tratara. Ni siquiera fue una sola lección, sino que fueron muchas las que se pudieron tomar en una sola noche. Lecciones de sentido positivo y otras no tanto, pero que no dejan lugar a dudas acerca de su especial carácter. La primera cuestión digna de estudio: el público. Estaban todos los que debían estar. No encontramos a faltar a ninguna persona que más o menos se distinga en el campo de las letras; ninguna persona amante del teatro; ninguna persona representativa en algún sector, que no estuviera presente. Faltaban exactamente este número flotante de público que se pasa el año diciendo que en Olot no se hace nunca nada, pero que, aplastado por el fenómeno televisivo, es incapaz de perderse cualquier mamarrachada de serie que le echen, y faltaban—desde luego—los que nunca van a ninguna parte. La gente sin inquietud, sin interés, con los que no se puede contar jamás. Todo esto quiere decir que el Teatro presentaba un aspecto como de media entrada, pero que la obra y su puesta en escena fue calibrada y sospesada por gente verdaderamente con criterio propio, e interesados por el teatro.

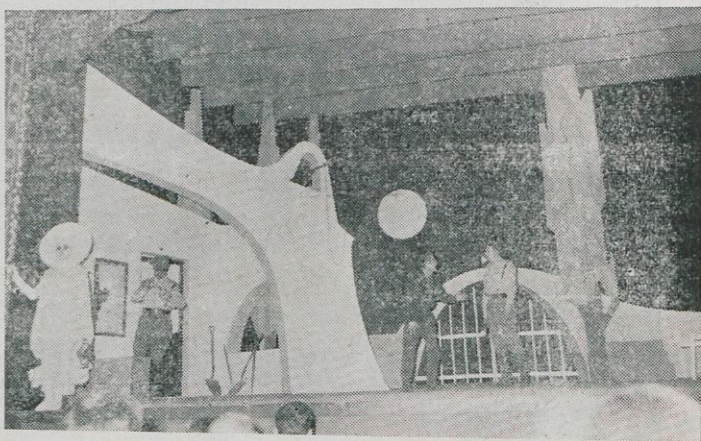
La lección es negativa. Nos enseña a no confiar sino en aquello que es ineludible y digno de ser tenido en cuenta. La ciudad, a la hora de la verdad, da sólo para esto: para medio teatro; excepto, claro, en los consabidos vodevils...

La segunda lección nos la dieron, apenas levantado el telón, dos señores, dos olotenses, que supieron dar al escenario de nuestro Teatro, el tono justo de los grandes espectáculos. La escenografía de los Carbonell fue de antología. Con un decorado corpóreo, un mucho de imaginación y oficio, y una dosis insuperable de paciencia y de entrega a una labor, concibieron y plasmaron, seguramente, que el mejor decorado de los últimos veinte años. Y decimos veinte por ponerle un límite al tiempo. Los detalles, cuidados con verdadero cariño, con este cariño de quien sabe valorar el uso de cada elemento y su importancia, y no regatea esfuerzo alguno. Hace tiempo que venimos registrando este espíritu de servicio a la ciudad que adorna y distingue a los Carbonell. En todo cuanto tiene aire y sello de ser una realización de Olot para Olot, y se ha solicitado su colaboración, la han prestado desinteresadamente y sin regatear ni tiempo ni trabajo. Creemos que esta es la ocasión para decirlo públicamente, y así lo hacemos.

Con este decorado se acopló uno de los cuadros escénicos mejores que en Olot poseemos. Y fue un auténtico festival su actuación. Sin un fallo. Sin apuntador. Conociendo cada cual su papel. Llevando sobre su sueño, tres meses de ensayos casi continuos. Resaltar nombres sería hacer injusticia. Todos rayaron a gran altura. A mucha más de la que se pueda esperar de un cuadro de aficionados. Y es que en esta ocasión se crecieron, le perdieron miedo a las tablas y su labor la firmaría cualquier cuadro de campanillas. Esta actua-

ción y la impecable dirección que llevaron a cabo Gelada y Serrat, fue una tercera lección que nos sirvió para entender que nada en el campo del teatro nos está vedado en Olot, si mantenemos aunados los esfuerzos de este grupo. Si mantenemos viva esta llama. Y uno no quisiera caer en el exceso de los halagos y alabanzas, pero es que son tan pocas las ocasiones que para alabar se presentan, que hay que cogerlas por donde sea y apurarlas. Aunque en este caso presente que se ha quedado corto.

Cuando se va a hablar de “El tiro de gracia”, hay que dejar sentado que no estamos ante un autor consagrado al que se le puede exigir. Estamos ante un señor que, con suerte, ha visto dos o tres obras suyas sobre el escenario. Y, no nos engañemos, sin representación no



es posible dominar el juego escénico. “El tiro de gracia”, en el fondo, tal vez sea un alegato antiguerra, antidictadura. Tal vez se quede en menos, o sencillamente en una obra literaria escenificada, en la que el autor se mueve con pesadez a la hora de construir “su teatro” y con cierta agilidad a la hora de estructurar ciertas frases que apuntan un buen escritor en potencia. El segundo acto posee más ritmo y, al tener menos papel los personajes estáticos, o casi, del ciprés y la luna, el texto gana en teatralidad, y logra un final de efecto que adorna la obra. Hay ciertas reminiscencias del buen teatro americano de principios de siglo en la presentación y al final de la obra, con uso de narrador y todo. Creemos que si el señor Granero sigue peleándose con el teatro y puede ir estrenando sus obras, adquirirá el suficiente oficio para darnos gratas sorpresas.

Como la que nos dieron con su entusiasmo los Carbonell, los Serrat, Gelada, Grau, Trini Fortunet, Llagostera, Mariona Pujol, Vilalta, Bosch, Camps, Plana, Sala, Reixach, el coro y todos cuantos contribuyeron a que el estreno del pasado viernes fuera un auténtico y verdadero acontecimiento ciudadano.

MOLI

Se precisa terreno apto para
instalaciones deportivas

Razón: Imprenta de este Semanario